

EDGAR MORIN y el Pensamiento Complejo
por Miguel Grinberg

“Hoy, el quinto siglo de la era planetaria permite que las ciencias físicas, biológicas y humanas no aporten ya la última palabra en el saber antro-po-bio-cosmológico, sino que, lejos de eso, reconozcan la complejidad del sapiens-demens, la complejidad de lo viviente, la complejidad de la Tierra, la complejidad cósmica. A pesar de la formidable resistencia de las estructuras mentales e institucionales, hoy es posible que el pensamiento complejo dé sus primeros pasos... La antropología compleja puede esclarecer la antropolítica. El hombre no tiene la misión soberana de dominar la naturaleza. Pero puede perseguir la hominización.”

Tierra-Patria

Sumario

EDGAR MORIN – AXIOMAS DE LA COMPLEJIDAD (vida y obra)

UN PENSAMIENTO MULTIDIMENSIONAL
ECOLOGÍA DE LA COMPRESIÓN
EL DESAFÍO DEL SABER
IRRUPCIÓN DEL SUJETO PLURAL
APOLOGÍA DE LA REFLEXIÓN COMPLEJA
EVOLUCIÓN DE UN MÉTODO
LA REALIDAD COMO LIBERACIÓN
LO COMPLEJO COMO MACRO-CONCEPTO

glosario
enlaces virtuales

Edgar Morin

AXIOMAS DE LA COMPLEJIDAD

La adopción de un nuevo paradigma requiere a menudo una redefinición de la ciencia correspondiente. Algunos problemas antiguos pueden ser relegados a otra ciencia o declarados “no científicos” por completo. Otros que previamente eran inexistentes o triviales pueden, con un nuevo paradigma, convertirse en los arquetipos reales de significativos logros científicos.

THOMAS S. KUHN

“La estructura de las revoluciones científicas”

FRAGMENTACIÓN DE LOS SABERES

Historia. En un mundo más tolerante y menos belicoso, la *complejidad* no requeriría explicaciones. Sería explícita a ultranza en el quehacer visionario de sus habitantes, al mismo tiempo generadores incesantes de nuevos rumbos para el conocimiento y descubridores de sí mismos inmersos en un tránsito de mutación cultural irreductible. Actores y espectadores a la vez de un drama convertido en fiesta.

Pero no vivimos en el equilibrio bucólico de la sabiduría expansiva, sino en el desequilibrio caníbal y reduccionista de la anormalidad globalizada, de las demencias imperiales, de la uniformización de una ignorancia prepotente. Como en tantas otras épocas de la historia humana, a los espíritus sensibles sólo les queda una opción: resistir, explorar, inventar.

Tal ha sido el itinerario del antrope-sociólogo y filósofo **Edgar Morin** (nacido en París el 8 de julio de 1921, hijo de dos inmigrantes sefarditas de Salónica: Vidal Nahoum y Luna Beressi), quien debió aprender a resistir el dolor ante la muerte

prematura de su madre e inauguró su juventud embarcándose como voluntario en la lucha clandestina de la Resistencia francesa contra los invasores nazis durante la Segunda Guerra Mundial, adherido al credo marxista-leninista, que también debió aprender a reconsiderar críticamente. Tras obtener dos licenciaturas, una en historia y geografía, otra en derecho, de 1942 a 1944 actuó como teniente del 1er. Ejército de las fuerzas combatientes de Francia, y producida la derrota germana se desempeñó como jefe del Departamento de Información militar de su país en Alemania. Su incompatibilidad con la burocratización aceleró su reingreso a París, donde durante los '50 y comienzos de los '60 se desempeñó como periodista, y dirigió sucesivamente las revistas **Arguments** y **Communications**. Ya en 1949 había sido tomado por una especie de "asco político" ante el estalinismo soviético, y así como dejó de anhelar inserción alguna en el mundo comunista; tampoco se veía insertándose en el mundo burgués, y por un tiempo deambuló sin salidas.

Ancestros. *"Mi padre no me enseñó una tradición ni un saber, normas y creencias. No me aportó verdad religiosa alguna, principio político alguno. Poseía, no obstante, y era poseído por la religión de la familia, que suponía el culto a los padres y la ética espontánea de la solidaridad familiar. No heredé esta cultura antiquísima y profunda. En primer lugar, porque fui hijo único en el seno de una generación que vio cómo se desintegraba la gran familia; sobre todo porque tras la muerte de mi madre, a partir de mis diez años, me cercené, me separé físicamente de mis parientes"* (**Mes Demons**, 1994).

Muy temprano advirtió las limitaciones estructurales de la *sociosfera* disecada por Carlos Marx y la *psicosfera* analizada por Sigmund Freud, en tanto llegó a la conclusión, con cautela ideológica, de que la *noosfera* propuesta por el sacerdote

jesuita Pierre Teilhard de Chardin, como ensayo de un portal hacia el infinito, no era para él un camino transitable aquí en la tierra.

Observaba sin clemencia la realidad social, y centraba primordialmente sus investigaciones en el análisis de fenómenos culturalmente “desordenados” que se rotulan como lo irregular, lo desviado, lo incierto, lo indeterminado, lo aleatorio. Y su obsesión pasó a ser sumergirse en el conocimiento de la organización misma de las cosas. Poco a poco fue asumiéndose como un artesano del conocimiento multidimensional de los fenómenos humanos, fue elaborando un método capaz de capturar la complejidad de “lo real”, criticando duramente la fragmentación de los *saberes*. Así, desde 1950 a 1989 fue director emérito del Centro Nacional de Investigaciones Sociales (CNRS), para ser luego presidente de la Agencia Europea por la Cultura (adscripta a la UNESCO), y co-director del Centro de Estudios Transdisciplinarios de la Escuela de Altos Estudios sobre Ciencias Sociales de Francia. Por fin, centró su labor en la creación y dirección de la **Asociación para el Pensamiento Complejo**, hoy expandida al mundo entero, con la misión de promover diversas formas de reflexión que permitan aportar respuestas al desafío de la complejidad que el mundo, la sociedad y el ser humano formulan al conocimiento científico, filosófico, político y militante.

Rumbos. Durante 1962-63, en **Por una política del hombre** (México, 1971)* elaboró una de sus inagotables síntesis *antropolíticas*, donde se permitía dudar del carácter “revolucionario” (en el sentido marxista) de las revoluciones de estandarte “socialista”. En igual proporción describía las insuficiencias del dogmatismo freudiano, y destacaba el descomunal brote de barbarie constituido por dos mega-guerras, en el corazón de la civilización occidental, con los fascismos y el estalinismo que obligaban a sumergirse sin piedad en la cabeza y el corazón del hombre. Fue inequívoco: sostuvo que *a Freud le falta el homo-faber, y a Marx la psique* (con su cosmogonía de locura, poesía y misterio). Advertía que en un planeta entregado a una revolución desenfrenada, se abrían rumbos que oscilaban entre la desintegración, una nueva génesis o una metamorfosis. Esbozaba los modos de integrar el amor y la ciencia a una política del hombre: una política multidimensional (que aún no denominaba como “compleja”).

* **Introduction à une politique de l'homme**, Seuil (París, 1965).

La conmocionante insurrección estudiantil de mayo de 1968 en Francia, simultánea con un alzamiento internacional de la juventud no sólo en Europa, sino también en Estados Unidos, América Latina y Asia, lo indujo a incorporar unos párrafos de actualización al epílogo de ese librito profético, donde se declaraba convencido de la necesidad de constituir no sólo los núcleos de partida de una nueva cultura, (que serían al mismo tiempo, inevitablemente, los núcleos de resistencia de toda cultura), sino también configurar islotes de investigación donde habría que esforzarse por elaborar, en tiempos donde tanto el saber como la política están en migajas, una teoría *antropocsmológica*, sin la cual no habría una nueva concepción revolucionaria posible.

Milenio. Proclamaba: *“No se trata ya de entrar al siglo XX, sino de salir de él; se trata de preparar el siglo XXI, siquiera para salvar el XX... Estamos en los albores del tercer milenio, es decir, del segundo millonésimo aniversario de la humanidad. Estamos entre dos mundos, uno que no ha muerto todavía y otro que todavía no ha nacido. Necesitamos discernir el peligroso papel de la antropolítica en esta gestación arremolinada, en este caos en que la destrucción es creación y la creación es destrucción, donde todas las fuerzas son ambivalentes, incluida la conciencia. En adelante, la supervivencia está ligada a un renacimiento, el progreso está ligado a una **superacción**, y el desarrollo a una metamorfosis”.*

Durante los últimos cuarenta años, este obstinado y *superactivo* explorador de la complejidad no ha cesado de construir abordajes a esa *metamorfosis* en un mundo donde las sociedades no cesaron de fracturarse entre una “nueva clase” por un lado y la ciudadanía por el otro, en medio de un proceso ligado al acceso a las nuevas tecnologías de comunicación entre los países ricos y los países pobres. Así, los ciudadanos resultan desplazados, eyectados de los asuntos políticos cada día más acaparados por los “expertos” y, la dominación de esa “nueva clase” impide, inequívocamente, la democratización del conocimiento.

INTERACCIONES Y RETROACCIONES

Poseción. Al definir al *homo complexus*, Morin nos dice algo finalmente obvio para muchos pensadores: somos criaturas sensibles, neuróticas y delirantes, al mismo tiempo que racionales, y todo ello constituye el tejido propiamente humano. Este ser humano es a la vez un ser racional e irracional, capaz de medida y desmedida. Como sujeto de un afecto intenso e inestable, sonríe, ríe, llora, pero también sabe conocer objetivamente. Es un ser serio y calculador, pero también ansioso, angustiado, gozador, ebrio, extático. Es un ser de violencia y de ternura, de amor y de odio. Puede ser invadido por lo imaginario e igualmente reconocer lo real, sabe que existe la muerte pero que no puede creer en ella. Segrega el mito y la magia, pero también la ciencia y la filosofía. Está poseído por los Dioses y por las Ideas, pero duda de los Dioses y critica las Ideas. Lo nutren conocimientos comprobados, pero también las ilusiones y las quimeras. *“Y cuando en la ruptura de los controles racionales, culturales, materiales hay confusión entre lo objetivo y lo subjetivo, entre lo real y lo imaginario, cuando hay hegemonía de ilusiones, desmedida desencadenada, entonces el **homo demens** somete al **homo sapiens** y subordina la inteligencia racional al servicio de sus monstruos... Pero, ¿quiénes somos nosotros, **homines sapientes-dementes**? Somos la extremidad de un ala cósmica, impulsados en y por una aventura que nos supera. Estamos poseídos por los mitos, los dioses, las ideas, somos sonámbulos casi totales. Nuestro pensamiento sólo*

adquiere vida a la temperatura de su propia destrucción. En nosotros está todo el secreto del mundo, pero lo ignoramos y nos es incomprendible: tal vez sea el misterio del misterio”.

Códigos. Resulta entonces preciso disipar una confusión inicial entre “complejidad” y “complicación”. Esto último surge de una inconmensurabilidad que desconcierta a los sentidos, de la multi-dependencia frente a factores casi siempre ingobernables, del enmarañamiento de interacciones entre una gran variedad de componentes que se diluyen o modifican cuando el individuo supone que los ha procesado y asimilado. Aquí Morin deduce que tal “complicación” puede no ser más que un fenómeno de superficie, que obedece a leyes y principios combinatorios simples, como, por ejemplo, los principios que gobiernan el código genético. En resumen, todo sería simple si no existiera más que la complicación, y la vida podría ser complicada al mismo tiempo que muy simple. Esta simultaneidad nutre la “complejidad”, cuya problemática debe plantearse correlativamente en el marco *gnoseológico* (el pensamiento de la realidad) y en el marco *ontológico* (la naturaleza de la realidad). Lo cual equivale a decir que la complejidad abarca al mismo tiempo los fenómenos, los principios fundamentales que rigen los fenómenos, y los principios fundamentales –metodológicos, lógicos, epistemológicos– que rigen y controlan nuestro pensamiento.

En un mundo deformado por los paroxismos deformantes del pensamiento único y excluyente, el abordaje abarcativo del pensamiento complejo frente al universo estudiado polifacéticamente por la física, la biología, la sociología, la antropología, la filosofía y la política, impone habitualmente la utilización de “bucles” (o circuitos gráficos) que ayudan a situar los componentes de las tensiones retroactivas (nexos) de los campos cognoscitivos abordados. Por ejemplo:

No sólo tenemos que **encontrar**>><**superar** la naturaleza,
sino también **obedecer**>><**guiar** la vida.

Religar. Morin resalta incesantemente que el *pensamiento complejo* es ante todo un pensamiento que relaciona y que es el significado más cercano al término *complexus* (lo que está tejido en conjunto). Ello equivale a decir que en oposición al modo tradicional de pensamiento, que divide el campo de los conocimientos en disciplinas atrincheradas y clasificadas, el pensamiento complejo es un modo de *religación* (nótese que del término latino *religare* emana la palabra “religión”). Por consiguiente, se opone al aislamiento de los objetos de conocimiento, los restituye a su contexto y, toda vez que resulte posible, los reinserta en la globalidad a la cual pertenecen.

Su contraposición interactiva *sapiens*<->*demens* apunta a sostener que cuanto antes sea posible, durante el siglo XXI debería abandonarse la visión unilateral que define al ser humano por la racionalidad (*homo sapiens*), la técnica (*homo faber*), las actividades utilitarias (*homo economicus*), las necesidades obligatorias (*homo prosaicus*). Pues el ser humano es complejo y lleva en sí de modo bipolarizado los siguientes caracteres antagónicos:

racional y delirante (*sapiens* y *demens*)

trabajador y lúdico (*faber* y *ludens*)

empírico e imaginador (*empiricus* y *imaginarius*)

económico y dilapidador (*economicus* y *consumans*)

prosaico y poético (*prosaicus* y *poeticus*)

Las interacciones y las retroacciones son múltiples, de modo que Morin resalta que así como el hombre de la racionalidad es también el de la afectividad, del mito y del delirio (*demens*), el del trabajo es también el del juego, el de la economía es también el de la dilapidación, y *“el hombre prosaico es también el de la poesía, es decir, del fervor, de la participación, del amor, del éxtasis. El amor es poesía. Un amor naciente inunda el mundo de poesía, un amor que dura irriga de poesía la vida cotidiana, el fin del amor nos devuelve a la prosa”*.

Co-tejidos. Durante todo su itinerario reflexivo sobre la complejidad que desembocó en los diversos volúmenes de **El Método**, se le impusieron los límites del entendimiento humano, los límites de la lógica, los límites del conocimiento, la superficialidad y la fragilidad de la conciencia. Percibió que por debajo y más allá de lo concebible, por debajo y más allá de lo pensable, se desvanecen las separaciones del espacio y el tiempo, se disuelve la materialidad y se descompone la propia realidad... Desembocó en la idea de que la aparición de contradicciones y antinomias no señala las profundidades de lo real. Éstas se revelan allí donde nuestros instrumentos teóricos y lógicos fracasan, donde nuestra lógica enloquece y se paraliza. El conocimiento del conocimiento enseña que sólo conocemos una delgada película de la realidad. La única realidad que nos resulta cognoscible es coproducida por el espíritu humano, con la ayuda de la imaginación. Lo real y lo imaginario están co-tejidos y forman el *complexus* de nuestros seres y nuestras vidas. En sí misma, la realidad humana es semi-imaginaria. La realidad es solamente humana y es real sólo parcialmente. Para Morin, la capacidad de “unir” se convirtió no en una palabra clave sino en la idea-madre: *“El conocimiento que une es el conocimiento complejo. La ética que une es la ética de la fraternidad. La política que une es la política que sabe que la solidaridad es vital para el desarrollo de la complejidad social”*.

Circuito. Esa *complejidad* consiste en un circuito de conocimientos que funcionan atrayéndose mutuamente, y cuyo proceso permite concebir la reorganización transdisciplinaria del conocimiento. En el vértice de su antropolítica se encuentra el ser humano como individuo, como sociedad y como especie. Y el desafío incesante consiste en una reformulación de lo complejo para combatir la división y la simplificación del pensamiento, no para la misión imposible de completarlo sino para la asumir su realidad como enorme, invisible y misteriosa, porque la complejidad no es un concepto teórico sino un hecho de la vida. Es el entrelazamiento y la

interacción incesante de la infinidad de fenómenos y sistemas que componen el mundo natural. Y plantea tres desafíos:

- ? La relación entre orden, desorden y organización.
- ? La cuestión de la *separatividad* o la diferenciación entre lo separable y lo no separable.
- ? El problema de la lógica.

De ellos surgen varias líneas de reflexión. La primera invita a discutir la complejidad, y todo dilema conceptual, sin dividir. De allí que Morin enfatice sin cesar, como primera línea fundamental, el sentido basal del término *complexus*, lo entretelado, un todo compuesto por hebras. Por eso, el pensamiento complejo respeta las texturas comunes, pues esas tesituras compartidas se forman para proyectarse más allá de sus partes. De ello puede deducirse que el *nuevo paradigma* no constituye una latitud fija del conocimiento, sino una travesía de descubrimientos infinitos. Dice entonces: *“La innovación presupone o provoca una cierta desorganización o relajamiento de las tensiones, estrechamente vinculados con la acción de un principio reorganizador, en el seno del sistema vivo en que aparece. La característica primordial de la hiper-complejidad es precisamente actual como moderadora de las coacciones en un sistema que, de hecho, se encuentra en un cierto estado de desorden permanente a través del juego de las libres asociaciones aleatorias”*.

Transición. Como segunda línea fundamental, plantea la imprevisibilidad. Un pensamiento complejo debe ser capaz no apenas de “religar”, sino de adoptar una postura en relación a la incertidumbre. Las ciencias físicas, que descubrieron el principio de incertidumbre, aplicaron estrategias para enfrentarla, por ejemplo, mediante la utilización de la estadística. Los actuales recursos electrónicos permiten alcanzar resultados de enorme precisión, en lo referido al conocimiento de ese universo fluctuante. El problema de nuestra cultura transicional es que el pensamiento humano logró encarar la incertidumbre en el ámbito de las ciencias, pero no en los ámbitos social, económico, histórico y psicológico. *“La complejidad no lo es todo, no es la totalidad de lo real, pero es lo que mejor puede, a la vez, abrirse a la inteligencia y revelar lo inexplicable”*.

Y como tercera línea de abordaje plantea la necesidad de oponerse a la racionalización cerrada a la racionalidad abierta. La primera piensa que es la razón que está al servicio de la lógica, mientras la segunda imagina lo contrario. Resalta que “racionalizar” significa creer que, si determinado sistema es coherente, por lo tanto es perfecto y por eso no necesita ser verificado: “Vivimos bajo el imperio de ideas racionalizadoras, que no consiguen darse cuenta de lo que sucede y privilegian los sistemas cerrados, coherentes y consistentes. La ciencia económica contemporánea –formalizada y matemática– es un magnífico ejemplo de

racionalización. Esta completamente cerrada, no consigue percibir las pasiones, la vida, la carne de los seres humanos. Por eso, es incapaz de hacer previsiones cuando surgen acontecimientos inesperados”.

CONQUISTA DEL PRESENTE

Mundialización. Por lo menos 50 libros, publicados a partir de 1946, constituyen la travesía magna de Edgar Morin en pos de una reforma paradigmática de los conceptos dominantes y de sus relaciones lógicas, que controlan, inconsciente e incorregiblemente, todo el conocimiento humano. El paradigma bajo el cual vive nuestra especie es el de la *disyunción* (desunión) y la reducción: ello fomenta la ceguera, actitud casi suicida en tiempos de globalidad, de mundialización. En lo que hace al pensamiento complejo, los cinco volúmenes de **El Método**, y seis obras enfocadas en el *complexus*, son más que suficientes para situar a Morin como uno de los pensadores cruciales para dar respuestas generacionales a la acechante certidumbre que “todo está perdido”, pues más allá de toda la sabiburía *tejida* por la especie humana, los hombres siguen destruyendo uno a uno los sistemas de defensa del organismo planetario. Para abordar esta temática hay más de treinta títulos en los que Morin no sólo excava las complejidades dolorosas del siglo XX, sino que esboza una verdadera política de la civilización. *“La tarea es inmensa e incierta. No podemos sustraernos ni a la desesperanza ni a la esperanza. La misión y la dimisión son igualmente imposibles. Debemos armarnos con una “ardiente paciencia”. Nos encontramos en las vísperas, no de la lucha final, sino de la lucha inicial”*. Centenares de entrevistas y artículos publicados en revistas propias y ajenas documentan con nitidez no sólo una mente capaz de exponer sin rebuscamientos los principios de la *autopoiesis* (auto-organización), sino que también destilan un lirismo y una ternura que muchos pensadores suelen esconder.

Osadías. Esa *ardiente paciencia* surge de una iluminación del poeta maldito Arthur Rimbaud (1854-1891), que forma parte de las “inspiraciones” de Morin, quien a la vez remite a otro poeta visionario, Hölderlin. Y para ayudar a otros indagadores sugiere que ante el desafío de la complejidad ciertos filósofos pueden ayudar: Heráclito, con el enfrentamiento de las contradicciones; Sócrates, con la dialéctica, cuyo juego de oposiciones hace progresar el conocimiento; Nicolás de Cusa, en el plano místico; Juan de la Cruz; Jacob Boehme; Pascal, en cuya obra no se reconoció el papel central de las contradicciones... *“Hegel, evidentemente; Nietzsche, hasta cierto punto”*.

Su osadía sin par, también le permite comparar al caos con el delirio, y sostiene que el universo es caos, pues fuerzas de desorden, orden y organización brotan continuamente de su seno, lo cual da origen a la constitución de nuevas estrellas, a colisiones de galaxias y, en nuestro planeta, a conflictos de barbarie o de vinculación creativa. Entonces, explica que según la teoría del caos, los procesos deterministas por naturaleza conducen, con inmensa rapidez, a estados imprevisibles y aparentemente desordenados. A quienes plantean ¿por qué? les responde: porque

las reacciones son incontrolables y el conocimiento total y absoluto de los estados iniciales no nos está permitido: *“Es una manera de decir que, aún cuando se produzca un determinismo inicial, hay imprevisibilidad y desorden aparentes”*. De inmediato, pondera al investigador termodinámico austríaco Henri Atlan, por haber comprendido esa circunstancia y por atreverse a decir que la vida existe a la temperatura de su destrucción, en su libro **Entre el Cristal y la Humareda** (*Entre le Cristal et la Fumée*), donde expresa que *“es preciso entender que no somos cristal ni humo, no somos seres fluidos ni sólidos, somos híbridos que viven a la temperatura de su combustión y destrucción”*.

Lateralidad. En uno de sus varios libros autobiográficos, **Mis Demonios**, Morin confiesa que al comenzar lo pensaba titularlo **“No soy de los vuestros”**, aunque desistió cuando lo entregó terminado a su editor. Cuenta que el impulso inicial era arrancar las etiquetas que le habían aplicado a su obra inclasificable, y además poner buena distancia entre los clanes intelectuales o universitarios que habían dejado de considerarlo un “desviado” o un “marginal” y trataban de enrostrarlo en sus filas, de igual a igual. Pero él seguía oponiéndose a las ideas, costumbres y categorías dominantes en el mundo académico: *“No soy de quienes tienen una carrera, sino de quienes tienen una vida... El conocimiento complejo no tiene término, y no sólo porque es inacabado e inacabable sino también porque llega por sí solo al desconocimiento. Tras la complejidad está lo inexpresable y lo inconcebible”*.

En los estudios de lógica y matemáticas, se llama *axioma* a todo principio básico que se acepta como verdadero sin necesidad de aportar pruebas. Un ejemplo clásico, a partir del principio de contradicción, es: *“ninguna frase puede ser verdadera o falsa al mismo tiempo”* o *“el todo es mayor que cualquier de sus partes”*. Quizás, alguna vez, se comprenderá que para vestir nuevas ropas conceptuales es preciso desnudarse de ideas... pero sin descartar que una metafórica “desnudez” (tema complejo desde Adán y Eva) podría ser un modo de “vivir sabia e ilimitadamente” la vida. Pero para ello habría que asumir que el fruto del árbol del conocimiento del bien y el mal no es un “pecado” sino una forma de la libertad suprema.

Compleitud. Edgar Morin concluye: *“Necesitamos proyectarnos en un futuro posible, aunque hoy improbable. Pero debiéramos poder vivir sin sacrificar el presente por el futuro, sin abandonar tampoco el pasado. Necesitamos conservar una herencia cultural. Necesitamos mantener la fidelidad a nuestras raíces. Debemos conquistar, de todos modos, nuestro presente, es decir, vivir no sólo de un modo no sólo utilitario y funcional sino también de un modo poético, siendo el estado poético aquél al que nos hacen acceder el amor, la comunión, la fiesta, el júbilo que culmina en el éxtasis”*.

La complejidad no elimina la simplicidad ni debe confundirse con *compleitud*. Se posiciona en un punto de partida para un accionar más rico, menos mutilador. Morin cree que cuanto menos mutilador sea un pensamiento, menos mutilará a los seres humanos. Toda su obra induce a recordar los desastres producidos por las visiones simplificadoras, no apenas en el mundo intelectual, sino también en la vida.

Y como pista inequívoca proclama que lo que el pensamiento complejo puede hacer, es darle a cada uno una señal, una ayuda memoria, que le recuerde: *“No olvides que la realidad es cambiante, no olvides que lo nuevo puede surgir y, de todos modos, va a surgir”*.